

A black and white photograph of a person in a red waist cloth pushing a wheelbarrow filled with tools and debris against a wall with graffiti. The person is in profile, pushing the wheelbarrow from left to right. The wheelbarrow is overflowing with various tools, including long-handled shovels and rakes. The background wall is covered in faint graffiti, including the word 'LAZARCO' and other illegible markings. The overall scene suggests a state of decay or reconstruction.

CUBANET

4

diciembre
2016

Selección quincenal de artículos
y noticias publicados en nuestro sitio digital

www.cubanet.org

ÍNDICE



04

*La libertad contra
la historia*



05

*Muerto el hombre,
nace el mito*



06

*¿Podremos zafarnos
de su sombra?*



07

Aquel que dejó cenizas

ÍNDICE



08

¿El inicio de los cambios verdaderos?



09

Su fantasma...



10

El hombre nuclear



11

Fidel Castro pudiera convertirse en enemigo

La libertad contra la historia

No sentí nada a raíz del anuncio de la muerte de Fidel Castro

LE MONDE (Francia).- No sentí nada a raíz del anuncio de la muerte de Fidel Castro este 25 de noviembre de 2016, alrededor de la medianoche, hora de Cuba.

Ninguna tristeza, por supuesto –les dejo ese sentimiento a los llorones ignorantes que en París le rindieron un homenaje grotesco al dictador ante la estatua del libertador venezolano Simón Bolívar quien, dicho sea de paso, no tuvo ningún protagonismo en la lucha por la independencia de la isla, cuyo símbolo es otro combatiente por la libertad, el poeta y demócrata cubano José Martí. Martí escribía estos versos, que se adaptan perfectamente a Fidel, quien ha intentado presentarse a sí mismo como su discípulo:

“¿Del tirano? Del tirano
Di todo, ¡di más!, y clava
Con furia de mano esclava
Sobre su oprobio al tirano.”

Ninguna alegría, tampoco: el anuncio tardó demasiado, al menos diez años desde el 31 de julio de 2006, día en que Fidel, enfermo de gravedad, le delegó el poder a su sucesor designado desde 1959, su medio hermano Raúl, tan cruel como él. La gran discusión en Cuba siempre ha consistido en saber cuál de los dos es peor. Entiendo el júbilo que pueden sentir algunos de mis compatriotas exilados, que es más un sentimiento de desahogo que de felicidad real. Pero el castrismo, aunque decrepito, sigue vivo.

Pienso en todos aquellos que no le sobrevivieron al Comandante en Jefe, al que tantos jefes de Estado celebran hoy día: los expresos políticos que a menudo habían sido sus compañeros de lucha contra la dictadura de Batista y luego pasaron veinte o treinta años en sus mazmorras antes de ser desterrados, los fugitivos, principalmente los balseros que intentaron cruzar el estrecho de Florida y murieron devorados por los tiburones o asesinados por los

guardacostas y otros esbirros del régimen, al igual que las decenas de víctimas del remolcador 13 de marzo, atacado con potentes chorros de agua en 1994. Están los descendientes de los fusilados, por ejemplo los setenta y dos ajusticiados por Raúl en Santiago de Cuba durante la noche del 12 al 13 de enero, cuyos cuerpos fueron enterrados en una fosa común y desenterrados años más tarde para hacer desaparecer las huellas del crimen en el mar. Y también los de la cárcel-fortaleza de La Cabaña en La Habana, al mando de aquel guerrillero argentino atrozmente romántico, Ernesto Che Guevara. Hubo tantas otras víctimas... como el valiente disidente Oswaldo Payá, premio Sajárov para los derechos humanos, y su compañero Harold Cepero, muertos en 2012 como consecuencia de un “accidente” de tráfico, provocado sin duda alguna por un vehículo de la Seguridad del Estado, la siniestra policía política.

Hay que mencionar también a todos los escritores, artistas e intelectuales muertos en el exilio, quienes designaron a Fidel Castro como responsable de sus desgracias: Reinaldo Arenas, Heberto Padilla, Guillermo Cabrera Infante, Severo Sarduy, Néstor Almendros, Jorge Camacho, Juan Arcocha... Los estoy oyendo gritar su odio, a veces con cierto sarcasmo, y manifestar su desprecio hacia todos los que se dedicaron a elogiar sin límites a los verdugos, como lo hicieron Jean-Paul Sartre o Gabriel García Márquez. A esos exilados, lo mejor de Cuba, los propagandistas y simpatizantes del castrismo los tildaron de “gusanos”. Todos nosotros tuvimos que enfrentar el ostracismo al que nos quisieron condenar los que creían detener el monopolio del pensamiento correcto, las instituciones culturales y académicas que prefieren escuchar, por ejemplo, a un Ignacio Ramonet, biógrafo complaciente y ramplón de Fidel Castro y de Hugo Chávez, más que a los opositores. Para ellos, Fidel

significaba la “resistencia” al “imperialismo” americano. Están equivocados: los resistentes son los que tuvieron que aguantar su ceguera culpable, su silencio cómplice ante la injusticia disfrazada de utopía.

A todos los admiradores de los hermanos Castro y del Che Guevara, les es grato exhibirse en público, sin reservas, como lo hicieron durante la estancia de François Hollande en La Habana en mayo de 2015, cuando el presidente francés posó ante los fotógrafos con una inmensa sonrisa al lado de Fidel, o durante la recepción, a bombo y platillo, de Raúl en el palacio del Elíseo en París, en febrero de 2016, en medio de doscientos invitados, cantantes, empresarios, militantes comunistas y de extrema izquierda, políticos cercanos al poder socialista o, incluso, a la oposición de derecha. ¿Serán así de ingenuos en pensar que nadie se va a atrever a criticarles sus genuflexiones ante un hombre que no es para nada un demócrata?

Los dirigentes de los países occidentales, tanto de Estados Unidos como de los países de la Unión Europea, que se preparan a levantar las sanciones contra Cuba recogidas en la Posición común, que fueron adoptadas porque el país no respetaba los derechos humanos, quieren creer que Cuba se dirige hacia una vía más democrática. ¿Bajo la férula de Raúl Castro o de sus vástagos que se preparan a tomar el relevo cuando el hermano pequeño se vaya a juntar con el mayor en el más allá?

El acercamiento diplomático de Barack Obama con Cuba no es más que una cortina de humo. En realidad, Obama legitimó a Raúl Castro ante la comunidad internacional. Pero la represión no cesó en la isla. Más: se agravó. Las Damas de blanco son apresadas cada domingo y soltadas lejos de su domicilio después de haber sido hostigadas y maltratadas por los hombres y las mujeres de la Seguri-

dad del Estado, para impedir cualquier manifestación contraria al régimen. Los cubanos siguen huyendo de su isla en balsas o intentando, por decenas de miles, llegar a Estados Unidos emprendiendo una peligrosa travesía de América latina, como todos aquellos refugiados en otras zonas del mundo, como si ellos también estuvieran en guerra. ¿Quién se digna en hablar de ello?

Seguimos orgullosamente solos. Los dirigentes de todo el planeta irán en masa a los funerales oficiales de Fidel Castro, después de las interminables procesiones a las que los cubanos de la isla tendrán que asistir forzados, a regañadientes, ya que van a tener que rendirle pleitesía al hombre que provocó la tragedia, la división familiar, la escasez extrema, los encarcelamientos arbitrarios, el exilio, la muerte.

Fidel Castro, sin lugar a dudas, va a entrar en la Historia, que llevó a tantos desastres causados por los totalitarismos del siglo 20 y principios del siglo XXI. El presidente Obama, en un mensaje de pésame que suena como una traición, se refiere al “juicio de la Historia”. Fidel, por su parte, ya había anticipado la sentencia cuando, en 1953, dijo: “La Historia me absolverá”. Si el pueblo hubiera tenido la oportunidad de expresarse mediante verdaderas elecciones, sin Partido único, sin prensa controlada, sin Líder supremo, hace mucho tiempo ya que hubiera terminado en los estercoleros de esa terrible Historia. Nosotros, los cubanos de la isla y del exilio, aspiramos sencillamente a otra cosa: la Libertad.

Este artículo fue publicado originalmente en el periódico francés Le Monde.

Jacobo Machover



Muerto el hombre, nace el mito

*¿Cómo se está orquestando
la eternidad de Fidel Castro?*

MIAMI, Estados Unidos.- La noticia corrió como pólvora de boca en boca: “Fidel Castro acaba de morir”. Gracias a la expansiva red comunicativa que los celulares han facilitado en estos últimos años, el dato llegaba de manera instantánea desde la Isla y los medios de comunicación internacionales. Aquello que parecía inminente y que tantas veces se convirtió en un falso rumor terminó por concretarse el pasado 25 de noviembre, a pocos días de concluir el año 2016 y cuando muchos cubanos exiliados y emigrantes habían celebrado el día de acción de gracias en suelo estadounidense.

En Miami la algarabía no tardó en concentrarse frente a un sitio que desde hace tiempo acoge en sus alrededores eventos relacionados con la vida política cubana. El Versailles vive desde entonces un prolongado Black Friday con superventas de café cubano y pastelitos, cosas que nunca faltan en cualquier velorio cubano en la llamada capital del exilio. Sonido intermitente de bocinas, gritos de júbilo, exclamaciones sobre la libertad y otras no aptas para cualquier oído, se escuchan en el entorno. Sobre el área en el que ocurría este singular carnaval de la Calle 8, sobrevolaban dos helicópteros, a tiempo completo desde el momento en que se comenzó a congregarse la gente. Los accesos al sitio permanecían ocupados por la policía y el tráfico estaba cortado en ese tramo de la célebre vía miamense. Un coste imprevisto que el presupuesto condal debe deducir para este acto de despedida a un enconado enemigo.

La pregunta que ronda es el porqué de esta celebración y sobre la razón de aplau-

dir con alegría la muerte de una persona, aunque se trate del dictador cubano. Desde el punto de vista cristiano no existe fundamento que lo apoye. En primer lugar la muerte natural viene de Dios y nunca ella puede apreciarse como castigo. Si así fuera el cuestionamiento se tornaría sobre el trágico final que sufren tantos inocentes en el mundo. Por otro lado, si Dios es infinita misericordia y perdón, entonces no puede tomarse el final de la vida como el pago por las fechorías cometidas.

Pero tomando el hecho desde el punto de vista agnóstico, que es el que predomina en este jolgorio, tampoco habría mucho para celebrar. Fidel Castro se fue con una edad venerable, rodeado de los suyos y en la cúspide de un poder que concentró en sus manos durante casi sesenta años. Un dominio que la enfermedad obligó a legar en su hermano, pero que siguió detentando hasta última hora a través de la influencia personal de ideas y palabras. Fidel muere en casa propia, lejos del destino que corrieron otros dictadores que tuvieron que huir al exilio tras ser removidos por la fuerza. A diferencia de las celebraciones que festejaron la caída de Batista, Machado o Somoza, la que nos ocupa se organiza en el exterior, en diferentes lugares donde se ha establecido una comunidad cubana llevada por la circunstancia política que construyó el Comandante.

Como si fuera poco los textos noticiosos exhibidos para expresar satisfacción por la noticia, llevan todos sin excepción en primera plana y a todo tamaño la foto del extinto gobernante en algunas de sus más

reconocidas imágenes: Castro jugando pelota, Castro fumando tabaco, Castro en la Sierra, Castro pronunciando un discurso, Castro en la ONU o vistiendo traje. O en esas últimas, ya anciano, con aquella enigmática sonrisa socarrona (estilo Mona Lisa) donde resulta impreciso definir la frontera entre el gesto senil y la burla consciente. La propia exclamación con la que se proclama su muerte pareciera indicar la asimilación de su inmortalidad.

A contracorriente del rechazo, la fuerza del mito se hace evidente. Una realidad que garantizará la eternidad que no puede dar el breve paso por la vida física. Las noticias rememoran sus frases célebres, historias familiares de todo tipo inéditas hasta el momento, amoríos que algunos titulares cifran en “miles”, intentos de atentado que, adelantan, pueden rebasar el número 600. El mito se construye con símbolos y fechas. El día escogido para partir coincide con aquella salida del Granma desde Tuxpan. Es el mismo día en que muere Pablo Lafargue y en que Elián González fue rescatado del mar. Casado con la hija de Carlos Marx, el cubano Lafargue es considerado uno de los divulgadores principales de las ideas del socialismo. Elián se convirtió en una prolongada batalla política dirigida por Castro, cuyas secuelas derivaron en el episodio de los Cinco Espías y todo lo que ello significó hasta la solución del caso en el 2015.

A lo anterior se une la fecha escogida para el funeral del 4 de diciembre en Santiago de Cuba y el enterramiento justo al lado de la tumba del prócer José Martí. Religiosidad popular de Santa Bárbara, patrona de los artilleros, reverenciada por los isleños desde el catolicismo y el credo afro-cubano, en el que se amalgama la historia de la santa milenaria, mártir por su firmeza de fe; y la divinidad africana, dueño del rayo y de la guerra, mujeriego pertinaz que burla a sus enemigos con su capacidad de transformarse. El círculo se cierra con la conexión al Héroe Nacional con el que siempre identificó su impronta nacional.

Ocupar un lugar definitivo junto a la tumba que ocupan los restos de José Martí, confiere a Castro el estatus de seguidor de un apostolado de independencia, justicia y libertad que él siempre reclamó. Lejos de ello la Cuba que nos queda de inmediato adolece de ese ideal martiano en muchos

de sus aspectos. A su ida Fidel deja un país arruinado (aunque las culpas las cargó al embargo de su mayor enemigo, al que debe paradójicamente gran parte de su gloria), con un pueblo empobrecido, familias divididas por la ideología y la distancia. Un país que envejece aprisa porque sus jóvenes no quieren vivir en él.

Como gobernante absoluto, Fidel Castro se va con sus objetivos logrados. Permaneció en la cima del poder hasta el final y su ego fue colmado hasta la saciedad al ocupar ya en vida un espacio en la historia que nadie puede discutirle. Un aire de grandeza que viene de nacimiento. Una foto suya de sus años de estudio en una escuela religiosa muestran al Fidel niño atento al objetivo de la cámara, dando espaldas a una mesa llena de golosinas, de las que sí están pendientes otros pequeños, incluidos su hermano Raúl, ajenos al suceso de una instantánea.

En ocasión de una visita a la ONU un periodista le preguntó a Castro que ocurriría tras su muerte. Entonces, cuando aquello parecía imposible, Fidel respondió que el Diluvio. Para él iba a ser lo mismo porque según su expresión tras su desaparición física todo le daba igual. Pero el comienzo del caos lo pudo apreciar en vida el Comandante y tal vez este fue su verdadero castigo. Alejado del poder por fuerzas mayores tuvo que asistir a cambios que él nunca hubiera implementado. Incluso que el primer presidente negro de Estados Unidos, un joven lleno de vitalidad y carisma, restableciera los vínculos con la Isla. Su visita al país, el calor de aprecio popular que recibió, el discurso histórico visto por todos y el hecho de que echara abajo en un santiamén el andamiaje sobre el que el Fidel apareció como el invicto revolucionario, férreo atrincherado antimperialista y fiel defensor de las banderas del comunismo. Y este es el punto en el que hoy debemos reflexionar los cubanos. Sobre todo cuando algunas voces irresponsables piden recomponer aquel desdichado sortilegio de congelamiento y separación al que el dictador de seguro quisiera que continuara como freno a todo cambio. El mejor homenaje póstumo que sus detractores pueden dedicarle.

Miguel Saludes



¿Podremos zafarnos de su sombra?

Lo hayamos querido o no, todos estuvimos en su película. En Cuba, o fuera de ella, no conseguimos librarnos

LA HABANA, Cuba.- La noche del 31 de julio de 2006, cuando Carlos Valenciaga leyó la proclama que anunciaba que Fidel Castro dejaba el poder provisionalmente por enfermedad, hubo apagón en mi barrio. Como desde por la tarde habían anunciado que a las ocho de la noche harían un anuncio muy importante, en cuanto vino la luz, alrededor de las 9, encendí el televisor, justo a tiempo para escuchar la parte final de la proclama, que ya no era leída por Valenciaga, sino por un bigotudo y peripatético locutor del Noticiero de Televisión. Tan pronto acabó de leerla, se vio en la pantalla un grupo de gente que bailaba frenéticamente en una discoteca, al compás de la música techno-house. De momento, pensé que estaban celebrando, pero no: era la telenovela brasileña, que se había reanudado en el punto donde la habían interrumpido para volver a leer el comunicado.

Luego, pasaron diez años en los que lo que las noticias que llegaban del Comandante, mientras sus sucesores parcheaban lo que iba quedando de su proyecto, eran las reflexiones apocalípticas que aparecían en el periódico Granma y en Cubadebate, y lo que comentaba alguno de los visitantes extranjeros que recibía.

Me enteré de la muerte de Fidel Castro, la medianoche del pasado 25 de noviembre, por un cintillo noticioso de Telesur, que corría, al pie de la pantalla del televisor, tan raudo que apenas daba tiempo para leer. No esperé que ampliaran la noticia ni atiné a buscar en los canales nacionales: estaba demasiado cansado, soñoliento y con demasiados problemas encima. Apagué el televisor –y también el teléfono, porque ya empezaban a llamarme para avisarme de la noticia– y me acosté a dormir.

Aunque tuviera 90 años y llevara más de 10 retirado del poder, nunca imaginé que tomaría con tanta parsimonia la noticia de la muerte de Fidel Castro. No soy un tipo rencoroso, me esfuerzo por no serlo, así que no me alegré, a pesar de que su revolución, si se mira bien, de una forma u otra, es la responsable de absolutamente todo lo malo que me ha pasado en la vida, y lo que aun me falta, que no dudo pueda ser peor.

Tampoco la mayoría de mis paisanos se impresionó demasiado. Al día siguiente del anuncio, a las siete de la mañana, monté

en una guagua atestada y nadie hablaba del asunto. En la calle tampoco. No se notaba tristeza. Era cual si no pasara nada. Como si todos disimularan y no quisieran darse por enterados. Asustaba tanta tranquilidad...

Supongo que cuando avance el luto, se haga más riguroso y bajen las orientaciones pertinentes, empezarán a verse las muestras de pesar a lo norcoreano. Y durarán meses, no lo dudo.

Fidel Castro ha muerto y resucitado muchas veces. Mejor dicho, lo han matado y resucitado muchas veces. Tantas como han querido sus enemigos y como él quiso, solo por el placer de ver el entierro que le hacían.

¿Para qué negarlo? Lo hayamos querido o no, todos estuvimos en su película, siquiera como extras mal pagados. En Cuba o fuera de ella, no conseguimos librarnos. Fungimos de víctimas o victimarios, de adversarios o cómplices, de maestros o de discípulos más o menos aplicados, de delatores y delatados, de represores y reprimidos, de gritones y silenciados.

Fuimos clavos, tornillos y tuercas. Y el Máximo Líder, poseedor del yunque, manejaba a su antojo el martillo y el destornillador.

Pasarán años del gran funeral y su sombra nos seguirá. Tal vez muchos no podamos zafarnos de ella. Tal vez nunca logremos una existencia normal. Los malos recuerdos nos acecharán lo mismo en las gavetas que al doblar cualquier esquina. Lo más probable es que no consigamos olvidar. Estamos condenados. No nos fue dada la posibilidad de escoger otro puñetero tiempo y lugar para vivir.

Luis Cino Álvarez

Aquel que dejó cenizas

El desenlace se esperaba desde hacía tiempo

LA HABANA, Cuba.- Fidel Castro falleció el 25 de noviembre a las 10:29 de la noche y, por voluntad propia, sus restos serían cremados, según el breve comunicado leído por Raúl Castro en la televisión cubana a las 12 de la media noche.

Como difunto, el exgobernante merece respeto. Seguramente expiró en un mullido lecho, rodeado de sus familiares más cercanos; quizás dejó las orientaciones para sus funerales. José Martí, el Apóstol de Cuba, lo acogería en su monumento de la Plaza de la Revolución y en el Cementerio Santa Ifigenia de Santiago de Cuba.

El gobierno decretó duelo oficial de nueve días y un recorrido desde La Habana a Santiago del cortejo fúnebre, siguiendo inversamente la ruta de la “Caravana de la Libertad” del jefe guerrillero en enero de 1959. El Comandante legó su predilección por el simbolismo en las fechas: el deceso coincidente con el 60 aniversario del inicio de la revolución por la salida del yate Granma de México en 1956, y el entierro el 4 de diciembre, día de Santa Bárbara, Shangó en el sincretismo religioso, venerados con grandes ofrendas. Toques de tambor y todos los rituales desde la madrugada serían suspendidos en esta solemne ocasión para disgusto de muchos miles de creyentes.

Gran parte de los cubanos dentro del archipiélago reaccionaron con el silencio, el comentario apagado, sin congoja. El desenlace se esperaba desde hacía tiempo. El alegre, chistoso, jovial y bullicioso cubano se protege en la concha cuando siente peligro por opinar distinto de la línea oficial,

teme las consecuencias en su vida, y desencantado de las promesas incumplidas cuida su endeble status o atisba el horizonte para saltar al extranjero.

Respetuoso alivio flota en el ambiente, porque ya el Comandante permitirá descansar a todos, al no temer su interferencia en los cambios imprescindibles. Cada foto y cada escrito resultaban sobrecoedores. La impresionante presencia verde olivo y la voz atronadora se convirtieron en apariencia lastimosa y frases delirantes. Él aseveró: “la historia me absolverá”, al concluir el juicio por el ataque al Cuartel Moncada en 1953. Mucho acumuló durante 63 años, y su historia demorará en escribirse objetivamente, según se conozcan los secretos de todas las partes involucradas. Sin embargo, resulta imposible eximirlo del precario estado actual de Cuba, porque durante 47 años todo lo decidió y prohibió.

En 1959, Fidel Castro liquidó una dictadura sangrienta, fue el político más popular de todos los tiempos en Cuba y aglutinó el poder con las falsas promesas de democracia y apego a la religión. Será recordado por desmembrar las familias y enviar sus hijos a escuelas en el campo, el éxodo de más de dos millones de cubanos, las penurias de un pueblo obnubilado y dispuesto a inmensos sacrificios; por el despojo inicial a los grandes propietarios, continuado con los pequeños durante la Ofensiva Revolucionaria de 1968; por sus inmensas obras improductivas: la fallida Zafra de 1970, la destrucción de la industria azucarera forjadora de la nacionalidad cubana y de toda

la agricultura con el desarraigo del hombre de campo; por la dilapidación de los recursos llegados de la Unión Soviética y el campo socialista; por no haber invertido los petrodólares de Hugo Chávez en la capitalización de la destruida o anticuada industria.

Fidel Castro coartó los derechos, aduciendo las dádivas estatales de educación y sanidad universales, en realidad provenientes del aporte de todos los trabajadores. Legó una economía enclenque, salarios y pensiones de miseria, la dualidad monetaria, las grandes deudas acumuladas desde 1986, y un tejido social desprovisto de los elevados valores éticos y morales, orgullo de los cubanos durante siglos.

Fidel Castro será recordado por los fusilamientos y largas condenas de prisión; por el castigo con trabajo agrícola y la expulsión de los puestos laborales a causa de opiniones distintas a las oficiales; por el acecho de la Seguridad del Estado, los informantes y los Comités de Defensa de la Revolución; por la imposibilidad de acceder a una universidad “solo para los revolucionarios”.

El tiempo no hará olvidar que estuvo a punto de provocar una conflagración nuclear en octubre de 1962, el fomento de las guerrillas en América Latina y las guerras en el extranjero, la persecución a homosexuales, la prohibición de las minifaldas y los Beatles hasta finales de los años 1980, y de la práctica religiosa y el turismo hasta 1992.

Raúl Castro heredó las ruinas que él mismo ayudó a crear. Mencionó la necesidad de cambios estructurales y de conceptos en 2007, que redujo a la actualización del sistema económico y social fidelista fracasado. Pero reconoció que “el obstáculo fundamental que hemos enfrentado, tal y como previmos, es el lastre de una mentalidad obsoleta, que conforma una actitud de inercia, o de ausencia de confianza en el futuro”, en

su Informe al VII Congreso del PCC del 16 de abril de 2016.

Diez años después de abandonar inevitablemente el poder absoluto, fuera del archipiélago cubano, de Fidel Castro se destaca la colaboración positiva de médicos, maestros y técnicos en el extranjero; y los elevados índices de salud y educación, logrados con el sacrificio y la baja calidad de vida de los cubanos durante 57 años. El ancianito desgastado se visualiza amablemente, gracias al proceso de limpieza de la nefasta imagen realizado por Raúl Castro con las oportunidades brindadas por la comunidad internacional, los papas y eminencias de diversas religiones, el vuelco en las relaciones con Estados Unidos, la colaboración con la Unión Europea, y la condonación de las deudas. Los intereses económicos han jugado un importante papel, pero también el general presidente tiene el espacio para abrir la participación ciudadana en la toma de decisiones.

La compulsión a los cubanos para firmar un Juramento a las palabras del Comandante podría buscar el fortalecimiento del inmovilismo o utilizarlas para revertirlo: “Revolución es sentido del momento histórico; es cambiar todo lo que debe ser cambiado; es igualdad y libertad plenas; es ser tratado y tratar a los demás como seres humanos”, discurso del 1 de mayo de 2000.

La elevada asistencia de la población a las dilatadas pompas fúnebres denota la usual compulsión a los estudiantes, trabajadores, campesinos y miembros de las llamadas organizaciones de masas y de la sociedad civil, así como la movilización de los cientos de miles de militantes del partido y la juventud comunistas, los organismos militares, los excombatientes y personas que realmente lo admiran. Sin embargo, las autoridades deberían reconocer los sentimientos reales de la mayoría de los cubanos y acometer cambios radicales.

Miriam Leiva



¿El inicio de los cambios verdaderos?

“La desaparición de la generación histórica es necesaria para los cambios que Cuba necesita”

LA HABANA, Cuba.- Tal como se esperaba, la noticia de la muerte de Fidel Castro ha impactado a la sociedad cubana. En la mañana de este sábado 26 de noviembre no había otro tema de conversación que le disputara la supremacía.

Los medios de difusión oficialistas no cesan de ofrecer informaciones, reportajes y entrevistas relacionados con la figura del exgobernante. También destacan los mensajes de condolencia transmitidos por mandatarios y personalidades de otras naciones.

La escasez de personas en las calles obedeció a que era un día no laborable. Ya a media mañana los barrios habaneros recobraban su dinamismo habitual.

Las opiniones de los cubanos de a pie parecen divididas. Pero, por supuesto, los que opinan de un modo favorable acerca de la personalidad de Fidel Castro son los únicos que se atreven a emitir su punto

de vista a los cuatro vientos. Se trata de un asunto muy sensible para las autoridades, y nadie duda de que chivatos de los Comités de Defensa de la Revolución, y miembros de las brigadas de respuesta rápida hayan sido lanzados a las calles para responder violentamente ante cualquier planteamiento antigubernamental.

No obstante, tuvimos acceso a algunos criterios diferentes a los que aparecían en la televisión, la radio y los periódicos nacionales. Por ejemplo, una ama de casa se refirió a la programación que, en cadena, ofrecen los canales de la televisión: “Lo que nos espera no hay quien lo resista. Van a ser nueve días de cantaleta política, sin un musical, ni una película, ni una telenovela. A lo sumo alguna que otra canción protesta de Sara González o Silvio Rodríguez. Los que no puedan ver el Paquete Semanal o un serial en sus computadoras se van a volver locos”.

Un señor de mediana edad evaluó el significado histórico de Fidel Castro. “Mira, con independencia de cualquier mérito que pudiera haber tenido su labor, si tú la pones en una balanza el resultado es negativo. Porque su nombre siempre estará vinculado con acontecimientos que costaron muchas vidas al pueblo cubano, como las luchas en África, las víctimas de los fusilamientos, o los desaparecidos en el estrecho de la Florida que huían de la isla en busca de libertades. Ah, y no hay que olvidar que su intransigencia por poco nos borra del mapa cuando la Crisis de Octubre”.

Y fue un hombre relativamente joven quien relacionó esta defunción con el futuro de la isla. “Siempre he pensado que la desaparición de la generación histórica es necesaria para los cambios que Cuba necesita. Mira lo que ha pasado en Rusia o Vietnam. En la primera los cambios los hizo Gorbachov, que nada tuvo que ver con la Revolución de Octubre ni la Gran Guerra Patria. Y en Vietnam aquellos que no combatieron junto a Ho chi Min. Y aunque Fidel parecía ya liquidado políticamente en los últimos tiempos, su presencia física aún tenía cierto peso en la toma de decisiones. En ese sentido pienso que este pudiera ser el inicio de los cambios verdaderos en nuestro país”.

Orlando Freire Santana



Su fantasma...

El viernes, exactamente a las diez y media de la noche, sentí que alguien abría la verja de hierro del patio de mi casa

LA HABANA, Cuba.- El viernes, exactamente a las diez y media de la noche, sentí que alguien abría la verja de hierro del patio de mi casa, sin llamar antes. Linterna en mano, revisé rápidamente todo, temerosa de que alguien hubiera entrado y estuviera escondido. Cuando me di cuenta de que había sido un ruido sin importancia, volví a mi cama.

Al amanecer, veo en mi celular un mensaje de mi hija, desde España, informándome de la muerte de Fidel, ocurrida exactamente a las diez y media de la noche.

Entonces me pregunté muy en serio: ¿Sería su fantasma quien trató de entrar anoche a mi casa? ¿Y por qué no? ¿Acaso no había entrado muchas veces en mi celda tapiada de la Seguridad del Estado, allá por el año 1990, cuando quiso y no pudo fusilarme?

¿Acaso quería decirme antes de morir que yo le había ganado el juego, pues el que ríe último, es el que ríe mejor?

Incrédula hasta la médula, pensé que todo había sido producto de la casualidad, que el Comandante Invicto, mientras zarpaba hecho polvo hacia el más allá, no iba a cometer la tontería de asustar a esta vieja que gasta sus centavos en alimentar a sus perros y gatos, que apenas puede caminar y que encima de todo carece de poder alguno.

Fiel alumno de Stalin, Lenin, Carlos Marx y Engels, Fidel Castro comenzó una Revolución en la que una parte de la po-

blación impuso su voluntad a la otra por medio de fusiles y cañones, y fundó un partido de alabarderos para mantener su dominio por medio del terror y la sangre.

Dicen un pescador de Baracoa, un veterinario de Caimanera y un amigo de Jaimanitas, que en esos mismos momentos, mientras el Máximo Líder transitaba hacia la muerte, el cielo se puso de un color poco usual: una mezcla extraña de un rojo con negro, como si alguien en lo más alto del Infierno le abriera paso, ayudándolo a llegar.

La carga que lleva sobre sus hombros es demasiado pesada, pensé. No es como otra cualquiera.

Entre tantas, la carga de los sueños fracasados, esas muchas revoluciones que dirigió desde su mesa, para poner de rodillas a los Estados Unidos.

Cuba celebra en secreto, tranquila y satisfecha, libre ya del hombre que tanto mal ha hecho a tantos.

El tiempo le rindió cuentas y vivió lo suficiente como para comprender cuánto daño hizo a su pueblo, ver los graves daños que provocó al país, el único país del mundo donde no se trabaja, sin industria y sobre todo, con historias tan mal contadas.

Tendremos tiempo de ver lo que viene después.

Tania Díaz Castro



El hombre nuclear

*Ha muerto el que sugirió a Nikita Jruschov
que hoy no estuviéramos vivos*

LAS TUNAS, Cuba.- Fidel Castro ha muerto. Con él ha desaparecido el último líder de la Guerra Fría. El caudillo por quien la Unión Soviética instaló cohetes nucleares a sólo 90 millas de los Estados Unidos.

Ha muerto el que sugirió que hoy no estuviéramos vivos. No estuviéramos vivos porque millones de seres humanos hubiéramos muerto quemados por el fuego nuclear en lugares tan distantes y a la vez tan dispares como lo son Washington y Moscú, La Habana y Estambul.

El 26 de octubre de 1962, en el punto más crítico de la Crisis de los Misiles, Fidel Castro sugirió a Nikita Jruschov, llegado el caso, el empleo de las armas de destrucción masiva contra la nación estadounidense diciendo:

“Si los imperialistas invaden a Cuba (...) la Unión Soviética no debe permitir jamás las circunstancias en las cuales los imperialistas pudieran descargar contra ella el primer golpe nuclear (...) invadir a Cuba, ése sería el momento de eliminar para siempre semejante peligro, en acto de la más legítima defensa, por dura y terrible que fuese la solución, porque no habrá otra.”

Respondiendo a Fidel Castro acerca de lo que bien podía conducir a la tercera guerra mundial, Nikita Jruschov dijo:

“Usted nos propuso que fuéramos nosotros los primeros en asestar el golpe nuclear. (...) Usted, desde luego, comprende a qué llevaría esto. Esto no sería un simple golpe sino el inicio de la guerra mundial termonuclear.

“Evidentemente, en tal caso, los Estados Unidos sufrirían enormes pérdidas, pero la

Unión Soviética y todo el campo socialista también sufrirían mucho.

“En lo que se refiere a Cuba, al pueblo cubano, es difícil incluso decir en general con qué eso podría terminar para él. En primer término, en el fuego de la guerra se quemaría Cuba.”

No. No sólo ha muerto Fidel Castro, el que valiéndose de una dictadura para promover una revolución, él mismo se convirtió en dictador: en el dictador más prolongado que tuviera Cuba. El que pudo hacer desaparecer no sólo a Cuba bajo el fuego nuclear, sino también importantes territorios de Estados Unidos, la Unión Soviética, y a decenas de países aliados de estas superpotencias, que de no haber sus líderes obrado con la debida serenidad, en el caso de la Unión Soviética, a sugerencia de Fidel Castro, hubiera disparado el primer misil, a causa del cual, hoy no estuviéramos haciendo la historia.

Esa fue la tentativa de genocidio de Fidel Castro de la cual gracias a Nikita Jruschov y el presidente Kennedy millones de personas de gran parte del mundo nos salvamos. Pero los cubanos si bien salvamos la mayor parte de nuestros cuerpos del fuego termonuclear, no conseguimos salvar nuestras mentes del bombardeo palabrero de Fidel Castro.

Sí. Fidel Castro ha muerto, pero en Cuba y fuera de ella, como criminal internacional que fue, tras de sí deja demasiados pensamientos atrofiados, difíciles de restaurar, unos, por dóciles ovejunos, otros, por arrogantes intolerantes, cualquiera de las dos categorías de imposible congruencia en una sociedad democrática, la que tiene Cuba por delante para ser República y dejar de ser feudo.

Sólo ha muerto Fidel Castro. En los próximos días veremos cientos de miles de cubanos desfilando delante de sus cenizas, valga decir, desfilando dentro de los cadáveres que Fidel Castro hizo de ellos, despojos que ellos llevan en sí mismos.

Sí. Nada más ha muerto Fidel Castro. Con él hubo tanto acabamiento, que una parte se va con él, pero otra queda ahí, hasta que le llegue el enterramiento definitivo.

Alberto Méndez Castelló



Fidel Castro pudiera convertirse en enemigo

LA HABANA, Cuba.- Alguien en la calle, refiriéndose a estos nueve días de duelo oficial por la muerte de Fidel Castro, decía: “esta es la borrachera, deja que venga la resaca”. La frase, aunque jocosa, advierte muy sabiamente sobre lo que habrá de ser el futuro más inmediato en un país cuyo gobierno deberá enfrentar la ausencia de una pieza considerada esencial sobre todo para los partidarios de una “corriente fidelista” opuesta al reformismo raulista.

Esa postura ideológica “fidelista”, aunque peca de ingenua, sobre todo porque su memoria histórica no es más que un compendio de mitologías, pudiera llegar a ser una fuerza política importante en unos años y estaría integrada no solo por quienes se consideran perjudicados por el nuevo modelo económico o que sencillamente advierten en las reformas de corte capitalista un acto de traición sino además por aquellos que fueron, literalmente, “echados de la Corte” durante el traspaso de la corona en febrero del 2008 o desde mucho antes.

La idea de un cisma ideológico, que pudiera tener resonancias en algunos sectores del poder político, no es tan descabellada, sobre todo cuando, en estos días, entre gritos de “Yo soy Fidel” y “Hasta la victoria siempre”, se han podido escuchar sobradas comparaciones entre un “pasado glorioso” y un presente pleno de inseguridades, de modo que la campaña de endiosamiento de la figura de Fidel Castro fomentada desde el gobierno pudiera convertirse a largo plazo en un arma de doble filo.

La evolución natural de los acontecimientos en los próximos años arrojará, casi en cascada, otros fallecimientos entre los integrantes de la “vieja guardia”. Varios puestos en el poder quedarán vacantes y en la pelea por ocuparlos, al interior del propio partido comunista, aunque no sea reconocido públicamente, se consolidarán facciones, si no es que ya se han gestado.

Hace algunos años, los escándalos protagonizados por Carlos Lage, Felipe Pérez Roque y los otros defenestrados, demostraron que el partido comunista está muy lejos de ser la fuerza monolítica que se pensaba.

Las constantes sustituciones de la dirigencia, realizadas por Raúl Castro durante todos estos años de su mandato, también son una prueba de inestabilidad y de fraccionamiento ideológico, un verdadero caldo de cultivo en las sociedades restrictivas, donde habrán de originarse al menos dos bandos a tener en cuenta en las próximas dos décadas.

Por un lado, los que intentarán mantenerse en el poder a toda costa y, por tanto, estarán dispuestos a flexibilizar sus posiciones para así ganar el favor de la opinión mundial, aunque sin permitir una apertura política que los coloque en riesgo; por el otro, los que, atemorizados por una radicalización del reformismo, al punto que trascienda lo económico hacia otros ámbitos de lo social, considerarán que es el momento de un retorno a la ortodoxia comunista, incluso al terror.

Ayer, en medio del duelo, mientras las cenizas de Fidel Castro hacían una parada en la plaza de Camagüey y las personas congregadas en el lugar entonaban consignas, casi simultáneamente el comandante Ramiro Valdés inauguraba, entre otros comercios, una tienda Puma en Santiago de Cuba. Los rostros que mostraban las cámaras de la televisión cubana, sin decir ni una palabra, lo decían todo sobre los tiempos que han de venir.

Un panorama muy complicado, incluso trágico, que habrá de poner a pensar a nuestros “mejores” ideólogos sobre cómo continuar hablando de Fidel Castro sin que este se convierta en la principal fuerza enemiga para un país que se debate en un dilema con rasgos esquizoideos: lanzarse a la aventura capitalista o dejarse arrastrar por la aventura capitalista.

Ernesto Pérez Chang

ENCUÉNTRANOS ADEMÁS EN



ESCRÍBENOS A

cntredaccion@gmail.com